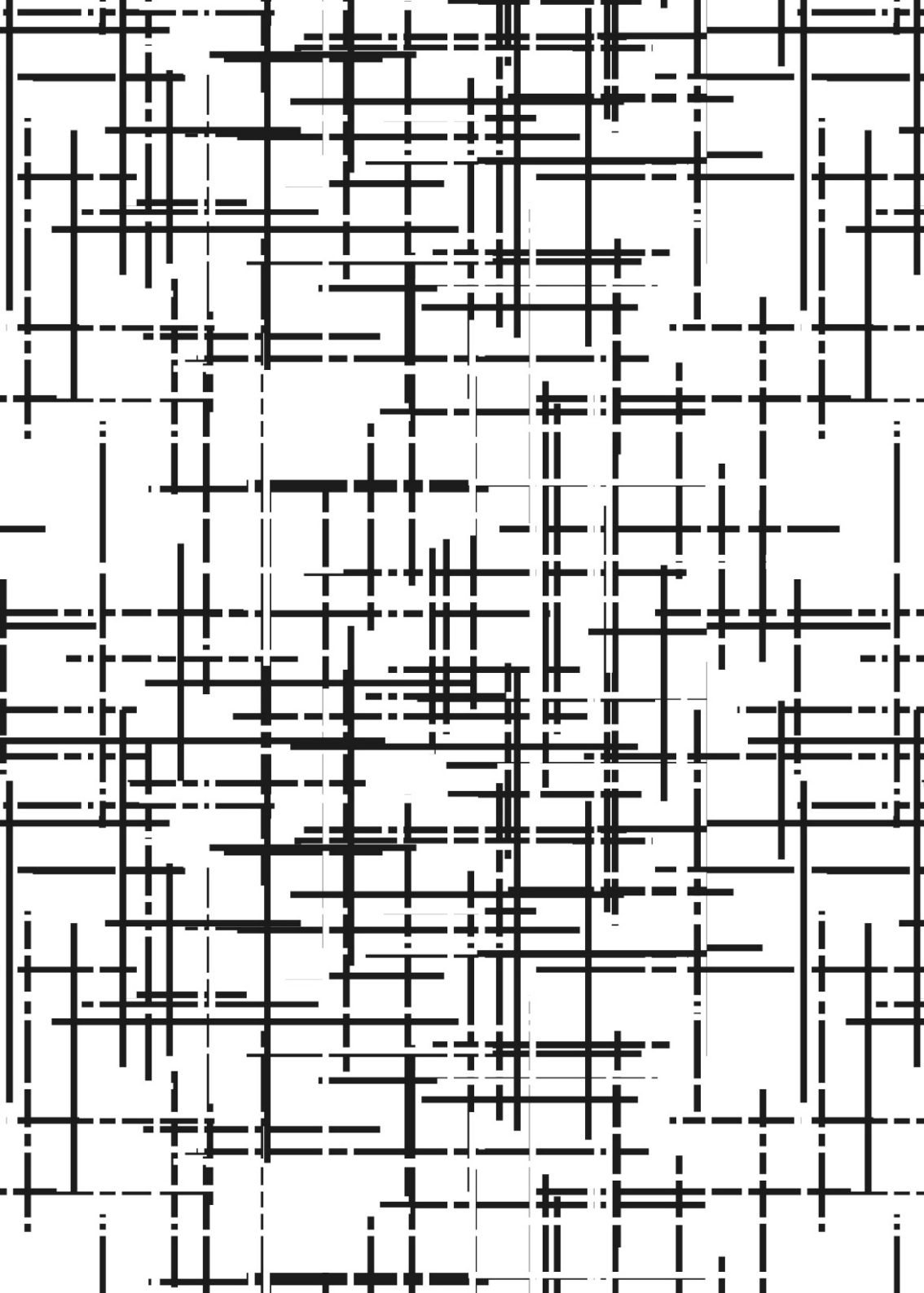




LOS BOLSILLOS DE MI CHAQUETA

- © del texto: Regina Matari
- © ilustración de la portada: Gadidea
- © maquetación y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.
- © portada: Punto Rojo Libros, S.L.
- © de esta edición:

Punto Rojo Libros, S. L., 2016

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla, 41004

Teléfono: 911.413.306

WhatsApp: 622.843.306

info@puntorojolibros.com

www.puntorojolibros.com



Impreso en España • Unión Europea

Primera edición: julio 2016

ISBN: 9788416722983

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o scanear algún fragmento de esta obra».

Regina Matarí

LOS BOLSILLOS DE MI CHAQUETA

PUNTOROJO
libros

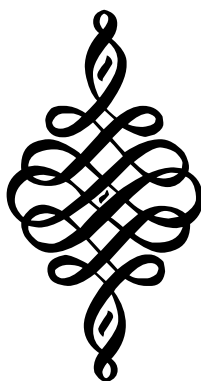
A Daniel

Índice

Lunes.....	9
1. Al café del desayuno.....	11
2. Un detective de lo más singular.....	36
3. Los magos del balón.....	51
Martes.....	55
4. Luna llena sobre París.....	57
5. Si tus ojillos fueran aceitunitas verdes.....	83
6. Ojalá pudiera mandar en el alma.....	93
Miércoles	107
7. ¿En qué lugar se enamoró de ti?.....	109
8. Y pega la vuelta.....	130
9. Los cabellos pintados de gris.....	153
Jueves	157
10. Y saca un conejo de la vieja chistera.....	159
11. Sombra aquí, sombra allá.....	180
12. Todo me sabe a ti.....	204

Viernes.....	213
13. Esa no soy yo.....	215
14. ¿Quién escogió el tinte de tu pelo?	225
15. Pero nunca iremos juntos al altar	241
Sábado.....	249
16. Y si ves el mundo girar	251
17. Brindando por el nuevo amor	267
18. Una torpe despedida	280
Domingo	289
19. Con el fuego del atardecer	291
Un año y medio después.....	308
20. Y ahora estoy frente a ti	309
21. Para las cosas que sueño	315
Agradecimientos.....	323

Lunes



1. Al café del desayuno

En apariencia (pero solo en apariencia, como estás a punto de comprobar), aquella mañana de mediados de enero prometía ser como cualquier otra mañana de lunes: mortalmente aburrida. Cuando trabajas en una agencia de viajes cuyo presupuesto no da ni para contratar a un primo lejano de Ramón García como imagen publicitaria, hay cosas que se saben de antemano. Una de ellas es que un lunes por la mañana no es un buen día para planificar un viaje al Caribe. Otra, que la cuesta de enero genera una especie de campo magnético en los seres humanos que les obliga a alejarse de los concesionarios y las agencias de viajes. Cuestión de supervivencia, supongo.

La alarma suena a las nueve. Para mí, el despertador murió el día que compré mi primer móvil. Nadie puede negar que este pequeño aparato ha modificado nuestro *modus vivendi*. En mi caso puede decirse que el teléfono es una extensión más de mi cuerpo. El perro era el mejor amigo del hombre, hasta que el hombre inventó la telefonía móvil. Antes le comprabas una flamante correa y un paquete de golosinas en forma de hueso a tu *cocker spaniel*. Ahora, buscas desesperadamente una nueva funda y la última melodía de moda con las que mimar a tu compañero más fiel.

Tal y como esperaba, un corto pitido señala la llegada de un mensaje, que leo de camino al baño.

<Buenos días heidi! He qdado en clara xra tomar un kfe. A las 8.30 n la aduana>

En primer lugar, y para borrarle esa sonrisa burlona de la cara, que quede claro que ése no es mi nombre. En mi D.N.I. lo dice claramente: Sofía Ruiz García. Lo de Heidi es culpa de mi mejor amiga, Clara. Y sobre todo, de la

persona que me ha enviado el mensaje: Pedro. Odio que me llame de esa forma. Lo peor es que él lo sabe.

No vale la pena contestar. Pedro daba por hecho que no tendría ningún otro plan para esa tarde y como siempre, había acertado. Desde hace tres años, mi vida social ha sido un completo desastre. Bueno, tacha lo de social para que se ajuste mejor a la realidad. De no ser por Clara y Pedro, creo que en lugar de quedarme dormida pensando en cuál sería la forma menos dolorosa de acabar con mi absurda existencia, hace mucho tiempo que hubiera llevado a la práctica al menos una. O tal vez dos. No pertenezco a esa clase de personas a las que las cosas les salen bien a la primera.

Mientras preparo el café, las imágenes y sonidos que noche tras noche intento borrar de mi cabeza vuelven para demostrarme que aún siguen ahí. La difusa luz de las farolas bajo una cortina de lluvia. La cama vacía.

Te echo de menos, Abel.

Aprieto los párpados con fuerza. A eso lo llamo yo un gesto inútil. Los recuerdos viven tras las cuencas de nuestros ojos, por eso no podemos percibirlos con total nitidez pero tampoco arrancarlos de cuajo. Una vez leí que nuestra capacidad de recordar está directamente relacionada con nuestra inteligencia. Pongo una rebanada de pan en el tostador, pensando que preferiría ser un poco más estúpida de lo que ya soy.

Al menos ahora no me quedan lágrimas con que llorar. Al menos ahora puedo ir y volver del trabajo en lugar de pasarme los días tumbada en la cama, dejando que las horas caigan una tras otra. Pero el dolor sigue ahí. La soledad y el silencio se han convertido en huéspedes vitalicios que se niegan a dejar mi pequeño y destartalado piso. He pasado los últimos dos años y medio de mi vida entre estas paredes que aún no consiguen hacerme sentir en casa.

“Porque éste no es tu hogar”, me contesta una voz en mi interior, a la que ignoro. Como siempre.

Engullo el último trozo de tostada con esfuerzo y bebo el resto del café de un solo trago. Echo un vistazo al reloj. Las nueve y veinte. Tengo que darme prisa.

La cama está deshecha, pero me limito a colocar la colcha por encima. Me visto con lo primero que pillo del montón de pantalones, faldas, jerséis y camisetitas que se apilan sobre uno de los sillones de mi dormitorio. El otro es apenas visible bajo una mezcla de toallas y sábanas de franela. Ya ves. Soy una chica ordenada.

No me extraña que lleve dos días sin ver la nueva funda de mi móvil.

En realidad nunca presto atención a lo que me pongo, porque cuando llego al trabajo tengo que cambiar mi atuendo por el horrible uniforme de la agencia, que en invierno consiste en una falda morada casi hasta los tobillos, una camisa amarilla con lunares morados y una chaqueta de corte cuadrado a juego con la falda. Y no olvidemos la corbata morada. Si Manos Largas (mi jefe) pretende que los clientes encuentren más atractivos los catálogos que las trabajadoras, lo ha conseguido. Aunque a mí no me cabe la menor duda de que el diseño es obra de la bruja de su mujer. Como si a alguna de sus empleadas nos interesara ese salido. Y como si un uniforme/disfraz circense fuera a impedir que su marido nos coma con los ojos cada vez que sale de su despacho.

Tampoco me molesto en maquillarme. Han pasado meses desde la última vez que vi el neceser rojo donde solía guardar los “potingues de tías”, como los llamaba Abel. Me recojo el pelo con un coletero, agarro mi bolso y mi chaqueta de piel rosa (la compré en *Sara* hace cuatro años y desde entonces somos

inseparables durante los meses invernales) y salgo disparada escaleras abajo. No puedo perder el autobús. Aunque tampoco sería la primera vez.

El aire de la calle rezuma humedad, y el frío me cala hasta los huesos. Ni tan siquiera la necesaria carrera hasta la parada consigue hacerme entrar en calor. El autobús está a punto de marcharse, así que subo rápidamente, con mi bonobús preparado. Atravieso el estrecho pasillo hasta el fondo del autocar, y tras saludar con un leve movimiento de cabeza al Chico con Pinta de Yonqui y a la Señora del Sombrero, ocupo el asiento vacío que siempre queda entre ellos. En realidad les conozco desde hace más de un año, pero aún no sé sus nombres y la verdad, no me atrevo a presentarme yo misma.

Aterida, meto las manos en los bolsillos de la chaqueta con la esperanza de descongelarlos. Entonces mis dedos se topan con algo. Supongo que debe ser uno de esos folletos que te dan por la calle y te guardas en el bolsillo para arrojarlo a la papelera en cuanto doblas la esquina. Pero cuando lo saco, me doy cuenta de que no se trata de ningún folleto, sino de un sobre.

Es pequeño y azul, y está cuidadosamente doblado por la mitad. No hay nada escrito en él, y no tengo ni idea de cómo ha podido llegar hasta allí. Echo un rápido vistazo, y tras constatar que no se han molestado en pegar la solapa, no puedo reprimir el impulso de abrirlo. Dentro hay una hoja de papel blanco doblada en cuatro, con un pequeño texto impreso en letras mayúsculas.

POR FIN ME ATREVO A DECIRTE QUE TE QUIERO, QUE LO
ERES TODO PARA MÍ. DE AHORA EN ADELANTE, NO TE OLVI-
DES QUE HAY ALGUIEN QUE SÓLO VIVE PARA QUE SEAS FELIZ.
BÚSCAME.

TE ESTARÉ ESPERANDO.

Una pequeña parte de mí es consciente de que en estos momentos mi corazón debería latir desbocado, y mi estómago vibrar con el aleteo de mil mariposas. Pero nada de eso ocurre, y tampoco es que me sorprenda. Hace ya mucho tiempo que mantengo mis emociones en un coma inducido. Durante unos instantes, observo el mensaje como si hubiera sido escrito con palabras de un idioma indescifrable. De repente, caigo en la cuenta de que no estoy sola e instintivamente aprieto el papel contra mi pecho y levanto la vista hacia el Chico con Pinta de Yonqui. Me topo con sus ojos y él vuelve la cabeza hacia la ventana con un movimiento brusco. ¿Le habrá dado tiempo a leerlo? Me giro hacia la izquierda, pero la Señora del Sombrero sigue enfrascada en sus labores de punto (parece que nunca vaya a terminar esa bufanda de rayas amarillas y negras, lleva ya semanas con ella). Tras asegurar mi intimidad, vuelvo a echar un vistazo a la nota. Quiero arrugarla y arrojarla por la ventana. Pero mis manos no me responden.

Intrigada, doblo de nuevo la hoja de papel, y la introduzco en el sobre, que devuelvo al bolsillo de mi chaqueta. Me paso el resto del trayecto refrenando el impulso de releer el misterioso mensaje. Al fin, tras quince interminables minutos, llego a mi parada.

La pequeña oficina de Gades Tours se encuentra frente al Puerto de Cádiz, como cualquier agencia de viajes que se precie. Sobre el cristal del escaparate puede leerse claramente en letras doradas el lema de la empresa: EL VIAJE DE SUS SUEÑOS LE ESTÁ ESPERANDO, ENTRE Y AJÚSTESE EL CINTURÓN. Una frase que intenta ser un gancho para cualquier transeúnte que pasee por las inmediaciones, una evocación al comienzo de una aventura. Sin embargo, su único efecto sobre quien lo lee es un ademán involuntario de llevarse las manos a la correa de los pantalones para comprobar que sigue ahí.

Quizá un día de éstos mi jefe se dé cuenta del verdadero mensaje implícito en su eslogan: para contratar nuestros servicios, el cliente tendrá que apretarse el cinturón más de lo exigido por el gobierno de turno. Así nos va.

Sobre la puerta cuelga el cartel de cerrado, aunque las luces están encendidas. Eso sólo puede significar una cosa. Eva ya ha llegado.

Hay algo peculiar en Eva, algo relacionado con su puntualidad inglesa y su obsesión por el orden y la limpieza. Mi mesa se encuentra junto a la suya, y pese a que en teoría nuestras funciones son las mismas y disponemos de los mismos materiales (un ordenador desfasado, un cubilete lleno de bolígrafos de propaganda, un calendario y un bloc de notas), siempre consigue que mi pequeño escritorio parezca una leonera. Además está su forma de hablar conmigo, evitando mirarme a los ojos. Un gesto que dice a gritos que tiene algo que ocultar. Lo que no se imagina es que hace tan sólo unos días descubrí su secreto.

—Buenos días —saludo con voz ronca. Después de todo, son las primeras palabras que pronunció hoy.

Ahí está, detrás de su mesa, con esa aura de eficiencia que parece emanar de todos los poros de su piel. Levanta la vista justo hasta mi nariz y me saluda con alegría. Alegría... ¡Por Dios, que es lunes por la mañana! En mi trabajo, ese tipo de emociones sólo te asaltan los sábados a la una, cuando sabes que queda poco más de media hora para que termine la *Gades-tourtura* semanal.

—Buenos días, guapísima.

Repaso mentalmente la imagen que me devolvió el espejo antes de salir de mi casa: zapatillas de deporte, pantalones vaqueros gastados que no disimulan mis cartucheras, mi preciosa chaqueta rosa sobre unos anchos hombros, unas mejillas pálidas, un par de profundas ojeras bajo una mirada gris y una coleta

de indomables rizos oscuros que añade varios centímetros más a mi exceso de altura. Quizá los cánones de belleza del siglo XXI han cambiado esta mañana y todavía no me he enterado. Quizá Eva no asistió a su última revisión en el oculista. Quizá haya desayunado una infusión de marihuana.

“Quizá sólo pretendía ser amable”.

Casi dos años de terapia y ningún psicólogo me ha enseñado algo útil. Algo como coserle la boca a la conciencia parásita que me acompaña desde que Abel se fue.

—Gracias. Eres muy amable —susurro, avergonzada por mi mal humor.

Eva sonríe sin levantar la vista de la pantalla del ordenador.

—Te he preparado café. Lo tienes en el Armario. Tres cucharadas de leche condensada, como a ti te gusta. No sé cómo puedes beberte algo tan empalagoso. A mí me dan arcadas sólo con olerlo.

—No tenías que haberte molestado. Y no es empalagoso. Es muy, muy dulce...

—No tanto como tú —dice con un guiño—. Sabes que no ha sido ninguna molestia. ¿Quién iba a cuidar de ti en este antro sino yo?

Me echo a reír. A pesar de todas sus excentricidades, Eva es una persona encantadora, generosa y educada... hasta un lunes a primera hora. Alguien con cuya ayuda puedes contar en cualquier momento. Y he de reconocer que esas gafas le dan un toque intelectual bastante atractivo.

—Tienes razón. ¿Qué haría yo sin ti? —le contesto.

—Evaristo Adanes siempre a su servicio, señorita —Eva se levanta y hace una exagerada reverencia—. Y no quiero parecer el típico pesado, pero será mejor

que vayas a cambiarte. Mi tío está a punto de llegar. No me gustaría que volviera a echarte la bronca por tu “patológica falta de puntualidad”.

—A mí tampoco me apetece, créeme. Ahora mismo voy.

Con la información que te he proporcionado hasta ahora, no se te ocurra pensar que sus atenciones están motivadas por el amor que siente por mí y que nunca se ha atrevido a declarar. ¿Qué cómo puedo estar tan segura? Verás, es algo relacionado con lo que descubrí el otro día. Su gran secreto. Más tarde te lo cuento, prometido.

Me dirijo hacia la puerta del Armario, una minúscula habitación que da cabida a tres perchas y un taburete sobre el que descansa una cafetera eléctrica y un número indeterminado de tazas de distinta procedencia y estilo en precario equilibrio. En ese zulo iluminado por una triste bombilla de cuarenta vatios debemos despojarnos de nuestros mundanales atavíos y transformarnos en una patética versión del payaso de los anuncios de detergente.

Cuelgo mi chaqueta junto a la de Eva, y me quedo mirando la percha vacía de Mónica, mi ex-compañera de fatigas. El sábado pasado se casó con su novio de toda la vida, y ahora ambos estarán disfrutando de su luna de miel, un viaje que sabiamente no ha sido contratado en Gades Tours. Haciendo uso de sus grandes dotes de actriz, convenció a nuestro jefe de que se trataba del regalo de un tío de su madre, y que le era imposible cancelarlo. En realidad, le horrorizaba la idea de que Manos Largas y la Bruja ganasen un solo céntimo de su dinero. Mónica volverá únicamente de visita, ya que ha conseguido un puesto de recepcionista en un famoso hotel de la provincia, así que nuestras adoradas gemelas de piel rosa (ella tampoco había podido resistirse a los encantos de la chaqueta de Sara en su momento, aunque creo que se había mantenido fiel a ella por solidaridad conmigo) nunca más penderán juntas, manga

con manga, en el perchero del Armario. Todavía no sé si debo sentirme contenta por ella o en cambio, enfadarme porque ya no podremos repartirnos las constantes “muestras de afecto” del jefe.

Tardo poco más de dos minutos en cambiarme, así que aún dispongo de tiempo suficiente para tomarme el café. Entonces oigo como se abre la puerta principal e instintivamente sé que nunca saborearé el contenido de esa taza.

Don Gabriel Garrido presume de ser un hombre hecho a sí mismo. El pobre infeliz todavía sigue sin comprender que si alguien le hizo como es, aparte de Dios y su madre, es su mujer. Claro que ésta no las tenía todas consigo: vestirlo con impecables trajes y modernas corbatas, enseñarle a moverse y a hablar en público y hacer que le tiñan el pelo dos veces al mes era la parte fácil. La difícil era disimular sus escasos 155 centímetros de altura y sobre todo, conseguir que su marido mantenga las manos tras la espalda al hablar con cualquier mujer de menos de cuarenta. Ni que decir tiene que aún no ha logrado ni lo uno ni lo otro, a pesar de las alzas, las rayas verticales y nuestros uniformes.

“Levanté Gades Tours de la nada, y mirad hasta dónde ha llegado”, nos repite una y otra vez. Es cierto que posee un pequeño chalet con piscina en Chiclana y que su única hija estudia Dirección y Gestión de Empresas en una universidad privada en Sevilla pero, ¿a quién pretende engañar?

—¡Buenos días, Evaristo! Preparado para un nuevo día de trabajo, ¿verdad? Este sobrino mío, siempre tan responsable. Pero claro, eso es algo que te viene de familia. Mírame a mí. Todo lo que poseo se lo debo a mi desarrollado sentido de la responsabilidad. Ya sabes, levanté Gades Tours de la nada, y mira hasta dónde ha llegado.

—Sí, tío.

—Evaristo, ¿cuántas veces tendré que repetírtelo? No debes llamarme “tío” aquí. Llámame Don Gabriel, o señor. Como prefieras.

—Sí, Don Gabriel.

—Así está mejor, mucho mejor. Por cierto, ¿dónde...?

Abro la puerta del Armario con una sonrisa forzada, esperando el chaparrón.

—¡Sofía! ¿Qué estás haciendo ahí? Hace cinco minutos que deberías estar en tu mesa. ¡Ni siquiera has encendido el ordenador! Ven aquí ahora mismo y explícate.

Me acerco hasta mi escritorio, cuidando en todo momento de poner mi trasero fuera del alcance de su mano, y abro la boca para pedir disculpas por mi “patológica falta de puntualidad”. Pero no tengo oportunidad de emitir palabra alguna.

—Me temo que es culpa mía, tío, digo, Don Gabriel. Llegamos al mismo tiempo, pero tenía un problema con el sistema operativo, le he pedido ayuda a Sofía y al final la entretuve demasiado.

—¿Y se puede saber qué hacías entonces en la Sala de Descanso del Personal?

—se ha vuelto hacia mí y me mira con expresión interrogante.

¿En la Sala de qué? Ah. El Armario.

—Verá, yo...

—Me temo que eso también es culpa mía —interrumpe Eva, acaparando de nuevo la atención del jefe—. No me ha dado tiempo de desayunar en casa y le pedí que me preparara un café, a lo que ella accedió amablemente.

Manos Largas vuelve a fijar su vista en mí.

—¿Y dónde está ese café?

—Dentro, señor. Le oí llegar y salí enseguida a darle los buenos días. Ahora mismo voy a por él.

—Vamos, vamos —me apremia con un amago de palmadita en el trasero.

Eso me pasa por darle la espalda mientras todavía estoy al alcance de su mano. “Nunca lo olvides, un paso hacia atrás y entonces puedes darte la vuelta”, me recordaba Mónica cada mañana. Pero hoy no está aquí para darme consejos.

Me escabullo dentro del Armario y cojo el café, ahora tibio. Cuento hasta tres, deseando que Manos Largas se decida por fin a irse a su despacho. Pero cuando salgo, aún continua allí de pie, golpeando repetidamente la suela de su zapato izquierdo contra el suelo. Me acerco hasta la mesa de Eva apresuradamente.

—Aquí tienes, Evaristo —sólo utilizo el diminutivo cuando el jefe no está delante.

—Ah, sí. Gracias.

La mirada de Eva pasa del contenido de la taza a la corbata de su tío. También él parece estar ansioso por que nuestro jefe se vaya. A ser posible antes de que tenga que beberlo. A ser posible, antes de que le entren ganas de vomitar.

—¿Y...? ¿A qué esperas para tomártelo? ¿No ves que tenemos que abrir? Llevamos cinco minutos de retraso. Quién sabe los clientes que hemos perdido en este tiempo.

Déjame adivinar. Cero.

—Claro, tío. Señor.

Eva cierra los ojos y comienza a acercarse la taza a los labios, lentamente, conteniendo la respiración.

Entonces suena el móvil de mi jefe.

—¿Sí? Ah, eres tú, mi pequeño colibrí.

Por las veces que he visto a su mujer hubiera jurado que tiene un mayor parecido con una gallina clueca, pero ya se sabe, el amor es ciego. Y en casos como éste, bastante corto de entendederas.

—Espera un momento que entre en mi despacho y podamos hablar tranquilos, mi almendrita garrapiñada.

Introduzco dos dedos en mi boca, aprovechando que el jefe me da la espalda. Frente a mí, su sobrino se esfuerza por no echarse a reír a carcajada limpia.

En cuanto Manos Largas desaparece tras la puerta de su despacho, Eva vacía el café en la tierra de la enorme *monstera deliciosa* que hay junto a su mesa.

—Nunca creí que tuviera algo que agradecerle a este monstruo de planta. Tendrás que hacerte otro. Ése ya estaba frío.

—No te preocupes, ya no me apetece. Y yo sí que tengo mucho que agradecerte. Me he librado de una buena.

—Ayudarte ha sido un placer. Excepto por lo del café. Si tengo que darle un sorbo a ese mejunje... —afirma haciendo grandes aspavientos.

—Muchísimas gracias, Eva. Eres un cielo. Si hay algo que pueda hacer por ti, sólo tienes que decírmelo.

—En realidad sí lo hay.

—¿Sí?

—Verás, iba a pedírtelo de todas formas... El sábado por la noche estoy invitado a una cena en casa de unos amigos. Van a celebrar el cumpleaños de uno de ellos. Todos irán con sus parejas y... bueno, si vinieras conmigo me harías un gran favor. Además, estoy seguro de que lo pasarás bien.

—No sé si...

—Por favor. Es... es muy importante para mí. Serán un par de horas, tres como mucho.

—Por supuesto. Te lo debo. Gracias de nuevo.

—Deja ya de dar las gracias y muévete. Al menos enciende el ordenador y finge que estás trabajando mientras miras tu correo.

—Empiezas a hablar como tu tío. Ten cuidado, puede ser el primer síntoma de una mutación genética.

Aprieto el interruptor que conecta mi viejo PC, y me dedico a revolver entre los catálogos, mientras me estremezco ante la perspectiva de pasar una noche de sábado fuera de casa. Por supuesto, no se trata de una cita, no desde que leí aquella nota que Eva había tirado a la papelera. Me tropecé con ella por casualidad, mientras buscaba desesperadamente un recibo que me había pedido el jefe, y que yo había “archivado” allí por equivocación. En lugar del maldito recibo, encontré un trozo de papel cuidadosamente doblado. Como no podía ser de otra forma, decidí averiguar de qué se trataba. Me sorprendió el texto garabateado con rotulador rojo. “Te quiero, pero esto no funcionaría nunca. Lo siento. Álex”.

Entonces lo comprendí todo. Por qué no era capaz de mirarme a los ojos. Por qué era tan reservado con su vida íntima. Sus ademanes delicados. Sus atenciones conmigo. Además, ¿qué clase de macho ibérico dejaría que sus compañeras de trabajo le llamaran Eva? Decidí que ya que él parecía no tener intenciones de salir del armario, no sería yo quien le obligase. Y he ahí el gran secreto de mi compañero. Promesa cumplida.

Manos Largas continúa en su despacho, seguramente mirando páginas subidas de tono, así que dispongo de más de media hora para hacer algo

productivo. Marco el número de la oficina de Clara, esperando encontrarla allí.

—Departamento de Marketing de Telecomunicaciones Internacionales S.A., ¿en qué puedo ayudarle? —contesta una voz cantarina.

—Verá, querría una cuatro quesos con doble de mozzarella y una tarrina de helado de chocolate.

—¿La pizza la quiere mediana o XL?

—¿Usted que cree? XL, por supuesto.

—No deberías pasarte tanto con la comida basura, Heidi. Te va a subir el colesterol. A punto de empezar otro entretenido día de trabajo ¿me equivoco?

—Ahora mismo no estoy para pensar en trabajar. Clara, escucha. Tengo que hablarte de algo muy serio —aunque no lo haya mencionado, llevo dándole vueltas al asunto del sobre desde que lo guardé.

—No sé por qué no me asombro... ¡ah, es verdad! Porque tú te lo tomas todo en serio.

—Esto es serio de verdad. No vas a creerte lo que me ha ocurrido hoy.

—A ver, ¿de qué se trata?

—Esta mañana he encontrado una nota en el bolsillo de mi chaqueta.

—Heidi, tienes que dejar de darle tanta importancia a las listas de la compra.

—¿Quieres escucharme? No era ninguna lista. Era una declaración.

—¿Una declaración? ¿De qué estás hablando? —ahora la voz de Clara denota un creciente interés.

—Ya sabes, cuando alguien te dice que te quiere...

—¿Cómo una carta de amor?

—Sí, sí, una carta de amor —me doy cuenta de que he elevado el tono de voz más de lo necesario, y echo un vistazo a la puerta del despacho. Sigue cerrada. Entonces miro hacia la mesa de Eva. Y casi por primera vez desde que le conozco nuestros ojos se encuentran durante más de dos segundos. Baja la mirada inmediatamente, visiblemente azorado.

—Ay Dios, creo que se ha enterado —digo en un susurro.

—¿Quién se ha enterado? ¿Manos Largas?

—No, Eva.

—Quién sabe... quizás ha sido él quien te la ha enviado.

—Sabes que eso es absolutamente imposible.

—A lo mejor es bisexual. Una no puede estar nunca segura del todo.

—Clara, por favor, que lo conozco desde hace años. No es..., bueno, ya te expliqué lo que encontré en la papelería —contesto con un hilo de voz—. Además, quizás esa nota no era para mí.

—Estaba en el bolsillo de tu chaqueta.

—Lo sé pero...

—Heidi, acéptalo. Tienes un admirador secreto. ¡Qué emocionante! Ahora mismo podrías ser la protagonista de una novela, o incluso de una película. No sabes cómo te envidio.

—¿Tú a mí? Debería ser al revés. Después de todo eres tú la que siempre has tenido éxito con los chicos. No hay hombre que se te resista.

—Supongo que no —de repente, la voz de Clara parece haber perdido su habitual alegría—. Pero no estamos hablando de mí, sino de ti —continúa en tono jovial—. ¿Quién crees que podría ser?

—No lo sé. No se me ocurre nadie que pueda estar mínimamente interesado en mí.

—Ay, ¡si es que no tienes remedio! —la oigo suspirar—. En fin, se me ocurre algo. ¿Cuándo fue la última vez que te pusiste la chaqueta?

—El viernes. El sábado por la mañana fue la boda de Mónica, así que Manos Largas cerró la agencia para que todos pudiéramos asistir a la ceremonia.

—Todavía no entiendo por qué invitó a ese salido.

—Según sus propias palabras “para que se diera cuenta de que su culo ya tenía propietario oficial ante Dios y los hombres”.

—Una estupenda razón, sí señor. Así que no tocaste la chaqueta ni el sábado ni el domingo.

—No. Estuvo colgada del perchero de mi piso desde el viernes por la noche hasta esta misma mañana.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura.

—Entonces quienquiera que te dejó la nota lo hizo el viernes.

—Ahora que lo dices, parece lo más lógico...

—Lo que tienes que hacer es apuntar todo lo que hiciste aquel día. Dónde estuviste y a qué hora. Ya sabes, ese tipo de cosas que hacen los detectives.

—Y yo qué sé lo que hacen los detectives.

—Sofí, que estás hablando conmigo, con tu amiga de toda la vida. No hace falta que disimules. Si tienes la estantería llena de novelas de Agatha Christie. Y tu primer amor fue Sherlock Holmes. Seguro que ya has empezado a hacer cábalas. Así que coge papel y bolígrafo y ponte con esa lista. Esta tarde la estudiaremos entre los tres.

—Casi lo había olvidado. En La Aduana a las ocho y media, ¿no?

—Exacto. Así te dará tiempo de recoger y cambiarte tranquilamente cuando termines.

—Por cierto, ¿cuándo vas a hablarme del nuevo chico con el que estás saliendo? —trato de sonsacarle llena de impaciencia—. ¡Nunca habías tardado tanto en presentarme a una de tus conquistas!

—No creo... no creo que ahora sea el mejor momento de hablar de eso. Lo siento, tengo que dejarte ya, se me acumula el trabajo. Nos vemos luego. ¡A las ocho y media, no lo olvides! ¡Sé puntual, para variar!

Clara cuelga sin darme tiempo a despedirme. Nunca antes había hecho algo así. Por lo general, tardamos unos diez minutos en decirnos adiós. Pedro asegura que parecemos un par de enamoradas bobaliconas.

En ese momento Don Gabriel sale de su despacho. Aún tengo el auricular pegado al oído, así que me veo obligada a improvisar.

—Sí señor, las ofertas del catálogo “Europa en Euros” seguirán vigentes hasta el uno de marzo. Pero me permito recordarle que tenemos mucha demanda, y que si se demora al contratar el paquete, puede que no consiga una plaza. Sí, señor. Gracias por llamarnos.

Cuelgo el teléfono satisfecha con mi actuación. El jefe se acerca hasta mi mesa, lo suficiente para poder pellizcarme la mejilla.

—Así me gusta, Sofia. Que nuestros clientes sepan que Gades Tours es una empresa consolidada, una empresa cuyos servicios se hallan entre los más solicitados del sector.

Querrá decir que los clientes se traguen esa trola.

Asiento sin dejar de sonreírle, hasta que por fin se decide a soltar mi cara.

—Bueno, ahora debo irme. Me temo que tengo una importante reunión con unos colegas.

En el bar de la esquina.

—Volveré enseguida.

Echo un vistazo al reloj. Las once y media. Podré relajarme hasta la una.

—Hasta luego, señor —me despido.

—Hasta luego. Cuidad de este buque durante mi ausencia.

—Descuide, señor —Eva y yo contestamos a coro. Son ya casi siete años de rutina. Don Gabriel no se caracteriza por su espontaneidad. Es un animal de costumbres.

Manos Largas sale a la calle, dejándonos a Eva y a mí disfrutando de una paz absoluta.

—¡Por fin solos! —exclamo.

—Sí. Por fin solos... Creo que aprovecharé para escuchar algo de música —contesta con la mirada fija en su bloc de notas, sobre el que ha estado garabateando desde hace un rato.

“Está claro que le has hecho sentir incómodo. ¿Qué esperabas? Tú recibiendo notas de amor, y él tiene que conformarse con una nota de despedida de su novio”.

Decido que será mejor no molestarle. En un rato será el Eva de siempre.

—Está bien. Te avisaré cuando llegue tu tío.

Asiente, se coloca los auriculares y conecta su MP3. Yo me dispongo a abrir mi correo cuando algo me detiene. Casi sin pensarlo, cojo un bolígrafo y una hoja de papel y comienzo a escribir:

1. Me levanto a las 9:00, desayuno y me visto. Me pongo la chaqueta justo antes de salir de casa.
2. Tomo el autobús a las 9:40.
3. Llego a Gades Tours a las 10:10 (tarde), donde permanezco hasta las 14:00.
4. Como en el bar de Antoñito a las 14:05.
5. A las 14:30 entro en la biblioteca para leer un rato.
6. Vuelvo a la oficina a las 16:05 (tarde de nuevo), y no salgo de allí hasta las 20:00.
7. Reunión en la sede de la S.C.C. a las 20:00 (como no soy Dios y no puedo estar en todas partes a la vez, llego veinte minutos tarde).
8. A las 21:30 pasan Pedro y Clara a recogerme, para ir a cenar a mi casa, donde cuelgo mi chaqueta.

Fin de la lista.

Me decido por los lugares en los que los bolsillos de mi chaqueta pudieron estar al alcance de cualquiera, y tacho el resto. Releo el resultado bastante satisfecha:

- ~~1. Me levanto a las 9:00, desayuno y me visto. Me pongo la chaqueta justo antes de salir de casa.~~
2. Tomo el autobús a las 9:40.
- ~~3. Llego a Gades Tours a las 10:10 (tarde), donde permanezco hasta las 14:00.~~

4. Como en el bar de Antoñito a las 14:05.
5. A las 14:30 entro en la biblioteca para leer un rato.
6. ~~Vuelvo a la oficina a las 16:05 (tarde de nuevo), y no salgo de allí hasta las 20:00.~~
7. Reunión en la sede de la S.C.C. a las 20:00 (como no soy Dios y no puedo estar en todas partes a la vez, llego veinte minutos tarde).
8. ~~A las 21:30 pasan Pedro y Clara a recogerme, para ir a cenar a mi casa, donde cuelgo mi chaqueta.~~

Decido dejarla tal y como está, para luego poder estudiarla con Pedro y Clara. Algo más tranquila, me dispongo a pasar el resto de la mañana navegando por Internet para echarle un vistazo a la competencia. Quizá si reúno la suficiente información podré convencer a Manos Largas de que lo de tener una página Web propia no es ni un lujo ni una estupidez.

Pero aunque me esfuerce en quitarle importancia, debo reconocer que el misterio en torno al sobre comienza a parecerme bastante interesante. Incluso si al final resulta una broma. Incluso si no soy yo la destinataria...

Puntual como siempre, a la una de la tarde Manos Largas aparece por la oficina con una copita de más y algunos euros de menos. Trae la nariz y las mejillas encarnadas, y no precisamente a causa del frío. Nos saluda con la mano y se dirige rápidamente a su despacho. Si Mónica estuviera aquí, ya me hubiese advertido que no me levantara de mi asiento. “El alcohol despierta al pulpo que lleva dentro”, solía bromear. “¡Pero si ese pulpo no duerme!”, le respondía yo. En cualquier caso, no nos movíamos de nuestra mesa hasta que, a la una y media, Don Gabriel se despedía de nosotras y marchaba a su casa.

Una pareja de novios a punto de casarse (los de las agencias de viajes los olemos desde lejos) entra, y Eva se levanta para atenderlos. Sabe que no me gusta batallar con lunas de miel. Prefiero mil veces un viaje del IMSERSO o uno de Fin de Curso (Tanto Monta, Monta Tanto), con sus hoteles de dos estrellas en alguna ciudad costera en temporada baja, sus discotecas medio vacías donde suena el último éxito de Bisbal y sus excursiones a museos, fábricas y bodegas.

Por lo que alcanzo a oír, la parejita anda buscando un crucero. Alzo la vista y me fijo en ellos, en sus sonrisas y en la forma en que unen sus cabezas para mirar los folletos que les muestra Eva. Es raro. Les tengo ahí delante, y ya no duele. Al menos no duele tanto. Es como cuando me operaron de apendicitis. Al principio la cicatriz me quemaba, casi no podía levantarme de la cama. Poco a poco, sin darme cuenta, el dolor fue cediendo, hasta que solo me quedó su recuerdo.

Lo siento, Abel. Ya ves como soy. Te estoy comparando con una extirpación de apéndice. La diferencia es que a ese trocito de mí no lo echo de menos... y a ti te extraño cada día.

Mi jefe está a punto de salir de su despacho, así que saco la carpeta de presupuestos y finjo estar buscando algo importante. Oigo como Eva se despide de la parejita, que ha entonado el temido “Nos lo pensaremos”.

—¿Crees que volverán? —le pregunto.

—Eso espero. Éste está resultando el peor mes de la historia de Gades Tours. Menuda forma de comenzar el año. Si no fuera por los fines de semana a Sierra Nevada, estaríamos casi en la ruina.

—No te preocupes. Ya sabes que en febrero siempre nos recuperamos. No te olvides de los Carnavales. Ni de San Valentín —le ánimo. Después de todo, nuestros puestos de trabajo dependen de cómo le vaya a la empresa.

Don Gabriel aparece delante de nosotros como por arte de magia.

—Disculpa, Sofía —dice educadamente—. Necesito que llames al Diario de Cádiz y al Cádiz Información para que coloquen esto en su sección de Anuncios —continúa al tiempo que me tiende una nota—. Yo me marcho ya. No olvidéis apagarlo todo. Hasta esta tarde. Ah, llegaré alrededor de las cinco y media.

Por supuesto. Es lunes. Hoy toca siesta.

Manos Largas hace mutis con la misma rapidez con que había aparecido.

—¿Cuánto tiempo llevaba ahí delante, Eva?

—No lo sé. Supongo que no mucho. ¿Qué dice la nota?

—A ver... “Importante empresa del sector turístico ofrece puesto para chica de 25 a 30 años. Interesadas enviar C.V. a gadestours@gadestours.es. Adjuntar foto”.

—Está claro que mi tío no piensa cambiar nunca. Menos mal que soy el único hijo de su única hermana. Si no, hace tiempo que me habría sustituido por una rubia.

—O por una morena, o por una pelirroja. El único requisito indispensable es que lleve faldas... Bueno, llamaré esta tarde, ahora no tengo ganas. ¿Qué te parece si vamos recogiendo?

A las dos menos diez colgamos el cartel de cerrado en la puerta. Me despido de Eva y me dirijo al bar de Antonio, situado a tan sólo unos pasos de la agencia. Entonces recuerdo el sobre azul dentro de mi bolsillo, y siento un